

PASEO PUENTE (Ex Calle Del Puente)

TUVO Santiago un Puente de Cal y Canto que no volverán a ver los siglos venideros. El poblachón, aplastado por sus aleros interminables, destacaba sobre su riacho once ojos ciclópeos que avizoraban el valle del Mapocho, como centinelas de la hispana civilización.

Había trazado su plano un alarife del siglo XVIII, don José Antonio Bidart, y encargado de la fábrica un hombre cuidadoso de la pureza del abolengo como de la argamasa que cimentaría los macizos de piedra de la obra. Llamábase don Luis Manuel de Zañartu y a la sazón era el Justicia Mayor y Teniente Lugar de Capitán General. Nada omitió, desinteresado y enérgico, para hacer del puente un monumento que demostrase la enjundia vasca de su espíritu. Impulsado por su carácter decidido, reunió más de doscientos trabajadores diarios, sacados de la cárcel y del vagabundaje, y los hizo purgar allí sus delitos, acorralados de dos en dos, en las secciones de albañilería, cantería y herrería. Fueron días penosos para la indiada y el mestizaje, que no conoció otro canto que el golpe continuo y monótono de la escoda y el chasquear de los látigos de los sobrestantes. Pero la obra apareció suntuosa, soberbia de alzarse sin auxilio de las arcas reales, elevando sobre la ciudad el dovelaje que sustentaba la vía que iba a unir las dos márgenes del Mapocho, y a traer de la Chimba, el Salto del Agua, Quilicura y la Dehesa los olores rústicos de sus hortalizas y viñas y el cantar de sus picanas campesinas en el arreo de las yuntas. El costo de la obra no pasó de 200.000 pesos, debido a su celo de Corregidor, que miraba la ciudad como suya.

La rampa sur del puente vino a enfrentar con el costado norponiente de la Plaza Mayor, llegando su declive hasta las calles de Zañartu y San Pablo.

La calle de Zañartu, que se formó por el caprichoso trajín de la Plaza de Abastos, hizo esquina con el rancherío riberano, antes de llegar a San Pablo, y dejó aislada a una casita que ostentaba en el alto un tejadillo de dos aguas. Sobre el enroñado portalón un balconete miraba hacia el lecho del río, dominando el panorama de la cordillera y toda la magnífica vista del puente. Había sido construida por el Corregidor Zañartu para el solo destino de mirador de la obra. Allí se encaramaba en las tardes a contemplar con sus catalejos los diferentes trabajos, siguiendo con apasionamiento las incidencias de los picadores, herreros y albañiles. Su presencia en el balconete inspiraba terror a los obreros, que en su mayoría formaban una siniestra cadena de condenados a trabajos forzados. El Corregidor, que era de genio sumamente irritable, daba desde allí a los celadores, con voz de calvatuerno, las órdenes de castigo que llegaban al presidio provisional levantado en la otra ribera. Muchas veces bastó vérselo asomar por la baranda de la casuca para terminar con más de una sublevación de presos, pues éstos temían que bajase hasta la obra misma, donde solía dirimir la cuestión por su propia mano, con golpes de látigo y disparos de trabuco.

El pueblo, para dar fe de la solidez del puente, refería que en la argamasa con que se unió la piedra y el ladrillo se echaron nada menos que las claras de quinientos mil huevos.

Una vida nueva comenzó en torno de la rampa del Puente de Zañartu; por la anchurosa vía, abierta al comercio colonial, vino primero el acopio cotidiano de las chacarillas de los

contornos, con su tropel de bueyes, caballos, mulas y borricos. Después fueron los viajeros que arribaban de Valparaíso y de la "otra banda", en sus cuartagos y acémilas, cargadas de almofreces y petacas; el tráfico de negreros; el comercio de la caña del Perú y la yerba del Paraguay, todo el emporio provincial, que los cambistas mercaban en buenas monedas de plata macuquina. De esta manera se formó en la rampa sur una febril actividad que con el transcurso de los años se hizo extensiva a la antigua calle "del Presidente", que salía a la Plaza de Armas, y cuyo nombre se le daba por estar en la esquina encontrada con la Catedral el viejo Palacio de los Presidentes, más conocido por las Cajas. Anteriormente tuvo otro nombre de pila, llamándose "calle del Bachiller", acaso porque un señor muy dado a la plática sobre cánones y leyes se aposentó allí; pero cuando el puente vino a enseñorearse del camino, era más bien un callejón reservado del Presidente. En el lugar donde se encontraba el Cuartel General de Bombas, daban las caballerizas del palacio o el Picadero, que fue Cuartel de Dragones.

El verdadero origen del nombre que iba a tomar la calle estaba en la gran rampa sur. Siguiendo su línea, se habían levantado numerosas casas, almacenes y tendales enfrentando la antigua plaza del Basural, convertida ya en plaza de abastos. La esquina sudponiente de la calle de San Pablo avanzaba sobre la vía con su pilar de piedra como si fuese a encerrar ese rincón, privilegio de las vituallas, para preservarlo de la codicia lugareña. Sin embargo, como allí había más tránsito que en la ciudad entera, el rumor continuo de los pregones se escapaba por la angosta calle del Presidente poblándola de gritos, en los que en muchas veces participaban los chimberos de "patas peladas" que venían del otrolado del río, llena la boca de juventud y malas palabras.

El puente hizo de la calle un tránsito abierto a las esperanzas y los desconsuelos. Sirvió de vía de amarguras cuando el vecindario sólo atinó a huir, camino de Mendoza, después del desastre de Rancagua, y fue el puente de gloria cuando las huestes de Chacabuco bajaron por la rampa sur hacia la Plaza de Armas, dejando en las bóvedas de su arquería el eco de los clarines y cajas.

En una casa de esa calle quedó prisionera una parte de la oficialidad del Burgos, el más veterano de los cuerpos españoles; el bravo Ordoñez, Primo de Rivera, jefe de estado mayor, los coroneles Morla y Morgado, antes de salir desterrados ala ciudad puntana de San Luis.

Por ese tiempo fincó su casa allí, en el número 3, frente a la Plaza de Abastos, el general don José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina de O'Higgins y organizador de la Escuadra Libertadora del Perú.

Años más tarde, el comerciante don Francisco Javier Herrera se encargó de colocar en el frontis de su botica una alegoría que representaba una esbelta mujer vestida con los colores nacionales, luciendo sobre su negro moño el gorro frigio de la República.

Era un saludo a la libertad de comercio. Porque el puente había formado allí un centro de actividades que buscaba en los letreros el réclame rumboso y patriota para afianzar la prosperidad con la firmeza de su piedra. Así, don Juan Salvatierra, el más viejo hojalatero de las intermediaciones, ostentaba en la puerta de su tienda un tablero con letras blancas sobre fondo azul: "Antigua Hojalatería del Puente". Y luego, todos los tendajos de los alrededores se bautizaban con su nombre, viéndose en la miscelánea de productos nacionales y extranjeros las jabas de lozas descubiertas y el algodón en rama, las

barricas de alquitrán con las botijas de miel en bote, los guarapones de pita de don Feliciano Morales cerca de los ponchos y aperos de montar de la talabartería de don Anselmo Rojas, mecidos por el viento, mientras sobre un “caballo de palo” las monturas, puestas en los ricos peleros, dejaban colgar las talladas estriberas, que el comprador no se cansaba de admirar. Y en el ajetreo ya era el tufillo de los charquis o de las bodegas de vino, al paso que cantaban al transeúnte ocioso los relojes de cuco y de campana del alemán don Adolfo Martin, cuyo negocio quedaba en la punta de diamante del puente, casi al lado de la inscripción:

D.O.M.
DON LUIS MANUEL
DE ZAÑARTU
ENTRE MUCHOS
SERVICIOS HIZO
ESTE PUENTE.
AÑO DE MDCCLXXXII

Don Adolfo, todos los años, en la víspera de las Fiestas Patrias, doraba estas letras, que había aprendido a querer desde niño por su significado histórico.

Esta calle no demoró en presenciar la tragedia inevitable a que la llevarían los errores de los hombres que en su veleidad se mostraban cansados de prosperar a la sombra segura del Puente Cal y Canto.

La canalización del Mapocho, dirigida por el ingeniero don Valentín Martínez, ocasionó el derrumbe del puente. En los meses de junio y julio del año 1888 hizo socavar su emplentillado, compuesto de sólidas piedras, debilitando los machones que sostenían los arcos del extremo norte para dejarlos expuestos a ser minados en su base por la primera crecida del río. Era una demolición disimulada ante la negativa del pueblo que creía, con buen sentido estético y gran amor de raza, la inutilidad de destruirlo.

No tardó en precipitarse la avalancha de agua, acaso como no había memoria en los santiaguinos viejos. Los continuos aguaceros remataron en agosto con un gran temporal que convirtió al Mapocho en un mar renegrido que arrasó, en medio del asombro y el del terror de la población entera, con su mole de granito, como si se tratase de maderos y no de masas compactas de piedra y ladrillos.

El pueblo lloró su derrumbe como si fuera la muerte del abuelo; lo quería como algo suyo, de su sangre. Allí estaba todo su pasado: los azotes de la primera infancia, sus juegos de niños, sus romances, sus trabajos y pesares de hombre, sus glorias.

Se cuenta de un vecino de la calle de Zañartu, llamado Manuel Miranda, enfermo del corazón, que apenas sintió caer el primer machón del puente, a las dos y media de la tarde de aquel 10 de agosto, le afligió tal pena que se hizo llevar a la cama.

-¡Qué gran desgracia para la ciudad! –exclamó al recostarse - ¡Chile, con toda su riqueza de hoy, no podrá hacer un puente como el de Cal y Canto!

Don Manuel, al sentir a las cinco de la tarde el estruendo total de la demolición, estremeciéndose como si un acerado filo le hubiera clavado en el corazón y expiró.

Desde entonces el santiaguino neto, para reparar la ingratitud de los hombres nuevos, ha seguido llamando a la calle con el nombre "del Puente".

Fuente:

Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu